



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 28 de septiembre de 1983

1. "El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por Él" (1 Jn 4, 9).

En el origen de todo, queridísimos hermanos y hermanas, está el amor de Dios que, después de habernos admirablemente creado y llamado a la existencia junto con todas las creaturas, nos ha liberado y purificado de las culpas por medio de Jesucristo; Él ha expiado y borrado nuestros pecados y nos ha reintegrado en la gracia y en la comunión con Dios.

Este acto de Dios realizado por medio de Jesucristo es tan grande y misterioso que no hay palabra humana capaz de expresarlo adecuadamente. Los autores del Nuevo Testamento lo han llamado sacrificio de la nueva Pascua, sacrificio de la Nueva Alianza, sacrificio de la gran Expiación; pero sabían bien que ninguno de estos términos puede expresar en su totalidad el acto redentor de Cristo, en el cual se ha manifestado el designio misericordioso de Dios, paternalmente preocupado de nuestra suerte. Por eso, además de las imágenes del sacrificio, han recurrido a palabras e imágenes sacadas de su experiencia tanto religiosa como profana. Efectivamente, en el Nuevo Testamento leemos que Jesús ha expiado por nosotros; que Dios nos ha redimido en Cristo, que nos ha comprado, pacificado, liberado, purificado, lavado de nuestras culpas e impurezas.

2. Fijemos un momento nuestra atención en algunas de estas palabras. Ellas designan ante todo una condición *de la cual hemos sido quitados*, un dato negativo, oscuro de servidumbre, de corrupción, de peligro, de alienación, de ruina, de enemistad; y un estado nuevo de santidad, de

libertad y de vida, *en el que hemos sido colocados*.

De un estado de muerte y de pecado hemos sido trasladados a un estado de liberación y de gracia.

Para comprender a fondo el don de la salvación, hay que comprender antes el mal inmenso que es el pecado, *quanti ponderis sit peccatum* (San Anselmo). El Concilio Vaticano II tras haber presentado en el número 27 de la Constitución *Gaudium et spes* un horrible elenco de pecados de nuestro tiempo, dice: "todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonoran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador". Las últimas palabras recuerdan la bien conocida definición del pecado, como ofensa a Dios desobedeciendo a su ley, que es ley de amor. Por nuestra parte, todos somos más o menos conscientes de esa desobediencia. Todos pecamos de alguna manera, dañando la gloria y el honor de Dios (cf. *Rom 3, 23*).

Pues bien, la muerte de Cristo nos libra de nuestros pecados, ya que la redención es esencialmente la destrucción del pecado.

3. Ahora podemos comprender mejor el *vocabulario de la redención*, es decir, los términos con los cuales ha hablado de ella el Nuevo Testamento, testimoniando la fe de los Apóstoles y de la primera comunidad cristiana.

Una de las expresiones más comunes es la de la *redención*, «apolytrosis». Cuando decimos que Jesús nos ha "redimido" usamos una imagen que significa liberación de la esclavitud, de la prisión, entiéndase, del pecado. Como Dios liberó a su pueblo de la servidumbre de Egipto, de la misma forma que se libera a un prisionero pagando el rescate, como se recupera una cosa estimada que ha pasado a ser posesión de otro, así Dios nos ha rescatado mediante la sangre de Cristo. Escribe San Pedro: "Considerando que habéis sido rescatados de vuestro vano vivir según la tradición de vuestros padres, no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha" (*1 Pe 1, 18-19*).

Otro término clásico es el de *expiación*: Jesús ha expiado nuestros pecados.

Escribe por ejemplo San Juan: Dios nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados" (*1 Jn 4, 10*), "y no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo" (*1 Jn 2, 2*). En el lenguaje bíblico "expiación" significa eliminación, purificación, destrucción de la culpa y de sus efectos ruinosos. Por medio de la muerte de Cristo y su ofrecimiento total al Padre, el pecado del hombre queda eliminado, destruido y el hombre se purifica haciéndose grato a Dios.

4. Pero para designar la obra de Cristo hay una forma que es la más clara e inteligible para nosotros, es la tomada de la experiencia de la *reconciliación*: por la muerte de Cristo nosotros

hemos sido reconciliados con Dios. El autor de la reconciliación es Dios que la ha querido libremente, Jesucristo ha sido el agente y el mediador; el hombre es el destinatario.

Efectivamente, la reconciliación desciende de Dios al hombre y le transforma mediante Jesucristo, creando en él un ser nuevo, haciéndole pasar de un modo de existencia a otro; y abriéndole la posibilidad de reconciliación, con Dios, y además con los hermanos.

El Año Santo quiere ser sobre todo esto: una invitación consciente y apasionada a abrir el corazón al don divino de la reconciliación.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Mi cordial saludo para cada persona y grupo de lengua española, es especial para los peregrinos de las diócesis de Cúcuta y Santa Marta (Colombia), de Higüey (República Dominicana), acompañados por su Obispo, y de México. También para las Religiosas Dominicanas de la Inmaculada y de Jesús, María y José, así como para los miembros de las varias parroquias y grupos de oración y apostolado de España.

Termino con un particular saludo a vosotros, queridos seminaristas del seminario mayor de Valencia. Vuestra presencia me hace recordar mi visita a vuestra ciudad y el mensaje dirigido desde la Alameda a los seminaristas de España, sobre el que sé habéis reflexionado muchas veces. Que no os falte una gran generosidad, para vivir de veras esos ideales que pueden llenar dignamente una existencia, consagrándola no sólo a sí mismo, sino a los demás. El mundo necesita este ejemplo de valentía y discernimiento. Dad vosotros ese ejemplo. Y a todos, mi Bendición.
